

## Artur Manfred Max Neef

Carlos Alberto Martínez\*

Constituye un regalo del azar para esta revista, y para quien esto escribe, incluir en la lista de personajes invitados al maestro Artur Manfred Max Neef, pensador chileno, de padres alemanes. Nacido el 26 de octubre de 1932, el maestro se decide, no sin cierta molestia, dejar por unos días su paraíso de Valdivia (a mil kilómetros de Santiago, bien al Sur) y compartir su sabiduría con un grupo de maestros y estudiantes de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, con ocasión del claustro que tuviera ocasión en el mes de agosto de 2014.

Digno hijo del influyente economista alemán Alfred Wilhelm Hermann Max y de doña Magdalena Sophie Neef, amante de la música, el niño Artur Manfred, cuyo primer nombre fue desdibujándose hasta casi desaparecer, bebió con la leche templada de lo más fuerte de la cultura alemana. En breve el maestro cumplirá 82 años, y por ello al arribar a Bogotá se sentía un poco cansado, de respiración silbante, mirando con sus ojos recién operados, aún enrojecidos y altamente sensibles a la luz, a un público más bien joven, que esperaba sus palabras. Y fueron palabras llanas, decantadas con los años, que asperjaban una sabiduría añeja que bien pudieran florecer en los labios de los antiguos sacerdotes druidas o de los mismos ancestros vikingos que solían esculpir sus runas en piedras gigantes. Porque el maestro piensa en alemán, escribe a veces en inglés y en esa primera mañana bajo el hechizo de su voz nos habló en un español de Chile, que en otros tiempos trajeron los soldados del capitán Pedro de Valdivia, guerrero y letrado, y que escribió en arduas estrofas el soldado y hombre de letras Alonso de Ercilla, en su famosa epopeya *La Araucana*. Y quién sabe si más en el fondo pudiéramos rastrear las enseñanzas de Colocolo y Tucapel.

Max Neef tiene la estampa de un germano cabal; provisto de casco cónico, lanza y armadura bien pudiera ser un vikingo temerario; pero el maestro es un ángel (es decir, un mensajero) de la paz, de la comprensión. Su labor

de más de medio siglo ha sido la de enseñar, la de dar su palabra despojada, podada de follaje deslumbrante, como recogida al nacer el día de las bocas de los hombres del pueblo. Y esto es lo que de veras vale pena resaltar. A un hombre como él, enemigo de la pose y la vanagloria, conviene conocerlo por sus hechos, en atención a las palabras del Jesús de los Evangelios. Es verdad que es miembro del Club de Roma, de la Academia Leopold Kohr, de Salzburgo (Austria), del Instituto Ernst Friedrich Schumacher, etcétera, que ha sido distinguido con el Right Livelihood Award (Premio Nobel Alternativo) y que además varias Universidades le han concedido doctorado Honoris Causa, pero todo esto quizá más represente un engorro que un motivo de jactancia. Porque el maestro Max Neef (así como suena, pronunciando con fuerza las dos “e”) está de vuelta, y si bien nada humano le es ajeno, asimismo ninguna dádiva del poder humano lo suaviza. Se trata de un pensador comprometido con la educación de las gentes sencillas de este mundo; y ese propósito, ya convertido en compromiso y destino, se hizo claro el día en que miró de pies a cabeza la miseria en la persona de un campesino del sur de Chile. El joven profesor de Berkeley, que ya había pasado por la Shell y la empresa privada, supo que su misión no estaba en los predios de los dueños del mundo sino en las orillas donde languidecían como girasoles bajo la canícula miles de millones de hombres y mujeres, niños y ancianos, despojados y empobrecidos por un sistema injusto.

### Los aportes de Max Neef

El maestro Artur Manfred Max Neef tiene un claro propósito: hacer la luz donde se ha instalado la oscuridad o la penumbra. Desde sus tiempos de Berkeley, en los cuales acompañó a sus estudiantes en las protestas contra la guerra que Estados Unidos, el país de las oportunidades y la democracia, le hacía a un pequeño pueblo de arroceros a 8280 millas (13325 kilómetros) de Washington, llamado Vietnam, este joven de dos metros de altura y ojos de fe-

---

\* Escritor y periodista.

lino, comprendió que el mundo estaba mal hecho, que era preciso y urgente enmendar la chapuza de los gobiernos y echar su suerte con los pobres de la Tierra. A diferencia de Arturo Cova, el personaje de la *Vorágine*, Max Neef jugó su corazón al azar y se lo ganó la paz. Y desde entonces, trotamundos ya cansado, ha estado en millares de escenarios de los cuales ha aprendido y en los cuales ha dejado su semilla de inconformidad, sus simientes de luz. Porque el maestro de Valparaíso (Valle del Paraíso), quien tuviera que suspender sus clases en la Universidad de Chile unos días después del golpe de Pinochet y alojarse provisionalmente en Argentina, es un hombre optimista. Por ello se propuso brindar una alternativa a los pesimistas informes del Club de Roma, uno de ellos conocido como *Los límites del crecimiento*, de la autoría de Donella Meadows. Max Neef posee una mirada potente, un ojo de azor o cóndor, una sensibilidad de copihue, la flor emblemática de su país, y al mismo tiempo una persistencia de Araucaria; propenso a accesos de melancolía, ha tenido crisis severas. Ha sido un hombre de libros y gentes; ha buscado en los libros, para él siempre oráculos, las claves para poner a punto sus propuestas. Es el autor del Indicador ECOSON (*ecological person*): gracias a él ahora es posible medir con exactitud matemática la cuota de consumo de energía de un ciudadano que satisface de manera sensata, sin excesos, sus necesidades. Este Indicador ha sido calculado por el Instituto Max Planck, de Alemania. Y también gracias a ello, Max Neef ha podido demostrar que la satisfacción adecuada y sensata de las necesidades humanas fundamentales de los habitantes del Sur no se lograría disminuyendo drásticamente la población empobrecida, sino introduciendo sensatos niveles de satisfacción de necesidades en los habitantes ricos del Norte. Ya es un lugar común afirmar que un habitante promedio de Inglaterra, Suiza, Francia, Alemania o Noruega consumen en un día lo que una familia empobrecida de Colombia, Venezuela, Chile o Bolivia consumen en un mes.

Existen los recursos, pero por problemas y obstáculos aparentemente insalvables en los procesos de articulación, la mayoría de las personas en el Sur están privadas de ellos. Hay problemas, y serios, con las “bisagras” del sistema, es decir con los mecanismos encargados de interconectar las distintas fases y hacer que las cosas fluyan. Entre fase y fase de un proceso están las *interfases*: Ramón Vargas, geólogo argentino, que vive y trabaja en Resistencia, capital de la Provincia del Chaco, a la vera del Paraná, explica que las plantas deben su existencia a los billones de microorganismos del suelo, los cuales hacen disponible para la planta, en sus formas más simples y asimilables, todas las sustancias necesarias para su crecimiento y desarrollo. Esos microorganismos (microvida, microbiología) cumplen el rol de *interfase*. Entonces, el problema no es la cantidad de recursos disponibles, sino la posibilidad real de acceder a ellos. La pregunta del geólogo argentino es la siguiente: ¿En el mundo social existen, como en el mundo

vegetal, estas interfases?<sup>1</sup> El investigador social Max Neef se ha propuesto inquirir en el mundo social, el mundo de las gentes, y lo ha hecho de manera realmente creativa. Exponiéndolas, además, en términos sencillos al alcance de todos los que tengan oídos para ver y ojos para oír.

Entre una lista ya respetable de libros, existe un pequeño libro, para mí entrañable, fuente inagotable de intuiciones. Es un libro intimista, cuidadoso, escrito con suma delicadeza, sutil. Se llama *La dimensión perdida: la deshumanización del gigantismo*. En 2007, después de 30 años de haber sido escrito, fue dado a la luz por Icaria y Editorial Nordan/Comunidad del Sur, Montevideo (Uruguay). Vale la pena leer estas notas del autor:

Este libro tiene una curiosa historia de muerte y resurrección. Fue escrito hace treinta años, mientras vivía parte de mi exilio “pinochetista” en un pequeño pueblito del interior de Minas Gerais, en Brasil, llamado Tiradentes. Guardé el manuscrito por varios años, hasta que producto de mi amistad con Rubén Prieto, surgida en Suecia, donde cumplía mi segundo período de exilio, se lo entregué para que fuera impreso por Nordan. La mala fortuna quiso que el texto se extraviara en los talleres de la editorial.

En aquel entonces no se escribía con ordenadores. Eran máquinas de escribir en que se lograba un original y una copia con papel carbón. Enterado de la pérdida, busqué mi copia y no la pude encontrar. Quedé desolado. Y sin que mi obra tuviera la misma trascendencia, me sentí como debí haberse sentido T. E. Lawrence cuando perdió el manuscrito de sus “Siete Pilares de la Sabiduría” en algún lugar de Victoria Station en Londres. Lawrence tuvo el coraje de escribir su libro de nuevo, cosa que yo no hice.

En 2006, mientras realizaba una limpieza de papeles y archivos, apareció la copia a carbón en el fondo de un viejo baúl. De nuevo, estuvieron las hojas mecanografiadas en los entresijos de la Editorial Nordan-Comunidad del Sur, de Montevideo, y entonces se produjo la resurrección. El primer capítulo se titula Un paseo imaginario por mi casa y mi jardín. Vale recordar que Max Neef (Freddy para sus íntimos y su esposa Gabriela) está sin familia, alejado de todos, y por ello lo de “imaginario”. Es un comienzo nostálgico, evocador de una paz que ha dejado a muchos kilómetros en ese Chile “Norte Sur de gran longura” (que cantara Ercilla). Evoca el maestro:

<sup>1</sup> Vargas, Ramón, 1989, *El rol de interfase de las Organizaciones No Gubernamentales*, en Max Neef, Manfred & Elizalde, Antonio, *Sociedad civil y cultura democrática: mensajes y paradojas*, CEPAAUR, Santiago (Chile), 1989.

## El personaje invitado

estoy rodeado —repito— de todas las formas de la vida y de la muerte, del amor y de la angustia, de la gloria y de la decadencia, de la repetición y la esperanza. Las leyes de la Naturaleza se dan aquí, o es aquí donde se reflejan sus efectos inflexibles. Las leyes humanas se dan aquí, o es aquí donde se reflejan sus falencias. Este grano infinitesimal del Universo es, después de todo, un Universo. Descubro así que el Universo se desgrana para repetirse en infinitos Universos de alcance personal. Conocer el mundo significa conocer primero la casa en que se habita, sus veredas y su jardín. Porque si es cierto que todas las casas y todos los jardines y todas las veredas hacen un mundo, también es cierto que el mundo se desdobra para depositarse entero en cada casa, en cada vereda, y en cada jardín. Todo lo grande y toda la inmensidad están contenidos en lo pequeño. Lo pequeño no es otra cosa que la inmensidad a la medida humana. Es un regalo para que, dentro de dimensiones accesibles y alcanzables, los seres humanos desgranen todas sus vidas en su empeño por desentrañar la totalidad.

Este es el umbral; enseguida comienza la reflexión apasionada, desde el corazón. Considera el maestro de Valparaíso que el ser humano ha perdido la noción de las dimensiones. Y esa pérdida explica “buena parte de su tragedia actual”. Y afirma más rotundamente: “Ha confundido la grandeza con el tamaño, y en aras de esa presunta grandeza ha tendido y tiende a expandir sus sistemas más allá de todo control.” Por ello, el maestro Max Neef, consciente de la ignorancia al respecto, se propone hacer la luz justamente ahí. Este librito, verdadero oráculo de nuestro tiempo, inicia el estudio de la dimensión de los sistemas humanos como factor determinante.

De la mano de Galileo, del Platón de *Las Leyes*, de Aristóteles, de René Thom y Yona Friedman, Max Neef levanta el velo y nos pone al alcance de la comprensión los mecanismos ocultos del mundo que nos aplasta, en el cual nos debatimos como moscas atrapadas en una férrea telaraña de viuda negra.

Existe un breve ensayo, escrito a cuatro manos entre Max Neef y el sociólogo Antonio Elizalde, *Programa y Reflexiones para las instituciones del mundo contrahegemónico*. En estas escasas y condensadas líneas los autores chilenos, con una admirable y misericordiosa brevedad, nos diseccionan el mundo que nos ha tocado vivir y que sin duda les tocará vivir a las próximas generaciones. Durante su primera charla en el auditorio del Centro de Memoria Histórica, Paz y Reconciliación, Max Neef habló de la comprensión, de lo urgente que era comprender, más que describir y explicar. Hasta ahora, parafraseando al Marx de las *Tesis sobre Feuerbach*, los filósofos no han

hecho más que describir y explicar los fenómenos. Pero de lo que se trata ahora es de comprenderlos. Esta manera “racional” de encarar el mundo circundante ha conducido al extrañamiento de ese mismo mundo. Y a continuación afirma;

Los parámetros de un sistema sólo pueden controlarse desde un sistema de mayor complejidad. Del mismo modo, sólo podemos comprender un sistema en la medida en que, al integrarnos a él, aumentamos su complejidad. A guisa de ejemplo, puedo contar con la más perfecta descripción y con las más completas explicaciones biológicas, bioquímicas, psicológicas, antropológicas y culturales sobre lo que es el amor. Podré escribir y opinar sobre él. Podré incluso dar consejos. Podré hacer muchas cosas, pero no habré *comprendido* lo que es el amor, mientras no me enamore yo mismo. Este principio es válido para cualesquiera relaciones entre sistemas vivos. Comprender va, pues, más allá de la mera racionalidad. Precisa, para alcanzarse, de sensibilidad y de intuición. He ahí el desafío para el mundo contra-hegemónico.